

Ángel Jacinto TRAVER VERA, *Lucrecio en España*, Huelva-Córdoba, Servicio de Publicaciones Universidad de Huelva-Editorial Universidad de Córdoba (Huelva Classical Monographs 15. Exemplaria Classica Supplements 15), 2023, 702, 978-84-19397-78-2*

FRANCISCO GARCÍA JURADO

Universidad Complutense

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3106-1178>

pacogj@ucm.es

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#)

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.37.2024.135-145>

Entre los poetas latinos, Tito Lucrecio Caro (c. 99 a. C.-c. 55 a. C.) supone toda una singularidad, dado que es el autor del poema científico titulado *De Rerum Natura*, la más importante representación del pensamiento epicúreo en la lengua del Lacio. Tanto los rasgos míticos de la biografía del poeta como la explicación atomista y materialista de la realidad desarrollada en sus versos han hecho posible que el autor y su obra se conviertan en una suerte de icono del pensamiento divergente y alterativo. El conocimiento de la recepción hispana de Lucrecio era, sin embargo, muy parcial y desde hace ya tiempo se precisaba de un buen estudio de conjunto. Ahora podemos decir que, gracias a la labor de Ángel Jacinto Traver Vera, esta situación ha cambiado por completo. El trabajo tiene su origen en la tesis doctoral que, bajo la dirección de Gabriel Laguna Mariscal, el autor defendió en la Universidad de Extremadura el año 2009. Tras otros catorce años de investigación, ahora podemos disfrutar de esta obra de referencia caracterizada, sobre todo, por la investigación paciente y el recurso al documento de primera mano. Es más, durante su elaboración se han encontrado documentos supuestamente perdidos y se han cambiado atribuciones, como la del Abate Marchena en calidad de traductor de Lucrecio propuesta en su momento por Menéndez Pelayo.

La obra se abre con un texto prefacial de Gabriel Laguna, al que luego sigue como primera parte una Introducción compuesta por la presentación del objeto de estudio, el propósito y la metodología. La segunda parte está dedicada a presentar tanto a Lucrecio como su obra, de acuerdo con un esquema bipartito ya clásico de la

* Esta reseña-ensayo se inscribe en el proyecto de investigación “El viaje de las ideas literarias. Historiografía comparada de las literaturas clásicas (ámbitos hispano y luso 1782-1950): transferencias culturales entre Europa y América (HCLC)”. Referencia: PID2021-122634NB-I00.

historiografía literaria al que se incorpora, asimismo, una exposición sobre la filosofía de Epicuro y su pervivencia. La tercera parte está dedicada a la recepción de Lucrecio durante la Antigüedad (de manera concreta, desde el siglo I a.C. hasta el siglo VI de nuestra era). La parte IV recibe el mismo título que el libro, es decir, “Lucrecio en España”, y es con diferencia la más extensa de todas (se extiende desde el siglo VI de nuestra era hasta el presente). Aquí se presentan, estudian y ordenan todos los materiales relacionados con la recepción hispana de Lucrecio desde el medievo hasta nuestros días, en lo que, sin duda, es una monumental historia literaria que supera con creces lo que acerca de Lucrecio nos había dejado Marcelino Menéndez Pelayo en su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*. Las Conclusiones, Bibliografía, Apéndice Documental e Índices completan este nutrido volumen. Habida cuenta del estudio que tenemos entre manos, cualquier reseña, por exhaustiva que pretenda ser, no deja de ser una empresa imposible, pues nos encontramos ante la investigación de toda una vida. Por ello, vamos a señalar algunos de los aspectos del presente estudio que nos parecen pertinentes y, asimismo, nos permitimos enriquecer esta reseña con tres casos imprevistos de la propia recepción hispana de Lucrecio (el epitafio de Goya, la vida imaginaria de Lucrecio escrita por Marcel Schwob, vertida luego al español, y una referencia a Lucrecio en la novela *Atila*, de Aliocha Coll).

En las páginas que Traver Vera dedica a la recepción de Lucrecio en la Antigüedad resulta especialmente interesante el controvertido asunto relativo a Lucrecio y los autores cristianos, quienes recurren a sus versos e ideas, pero no olvidan, en suma, que se trata de un poeta muy alejado a sus principios. Como ocurre con otros textos paganos, se da la paradoja de que quienes deploran las ideas de Lucrecio son, en definitiva, los mismos que van a conservar el texto, acaso involuntariamente, para la posteridad. Dentro de lo que ya es la parte dedicada a Lucrecio en España, el autor comienza por lo que entiende como la Edad Media, un apartado donde se abarca el largo período que discurre entre Isidoro de Sevilla (siglo VII) y Don Juan Manuel (siglo XIV). Creemos que, para una mejor comprensión de los hechos, hubiera sido oportuno haber establecido un apartado específico sobre la Antigüedad Tardía donde integrar a autores como Isidoro de Sevilla y no hacerlo autor medieval sin más. El resto de las categorías historiográficas sigue el criterio de las historias de la literatura (“Renacimiento”, “Barroco”, “Ilustración”, “Romanticismo”, “Literatura realista” y “Literatura contemporánea”). Naturalmente, cuando nos decantamos por una periodización concreta aceptamos también una manera determinada de ver las cosas.

Como saben quienes se han dedicado a analizar siquiera parcialmente la recepción de Lucrecio, uno de los momentos clave es el hallazgo que el humanista Poggio Bracciolini hace del código del *De Rerum Natura* en 1417 (apunta muy bien Traver Vera que no se sabe exactamente en qué monasterio). El trabajo que reseñamos trata también acerca de este asunto, pues, aunque no está vinculado directamente con España, resulta un hecho clave para la posterior recepción de Lucrecio en cualquier nación. De manera particular, se señala la importancia que tuvo luego Nápoles como el lugar de difusión de la obra de Lucrecio a España. Lo cierto es que todos estos

aspectos relativos al descubrimiento de los textos antiguos y su impacto en las modernas sociedades atrae poderosamente la atracción del público. Todavía tienen reciente los lectores interesados por estos temas el recuerdo del libro de Stephen Greenblatt titulado *El giro* (Barcelona, Crítica, 2011), cuyo título hace referencia al *clinamen*, o el “movimiento inclinado” de los átomos (*kínesis katá paréγκlisin*), aspecto clave de la física epicúrea. El planteamiento de este libro supone la elaboración de una historia cultural acerca del *De Rerum Natura*, es decir, de lo que ha significado la lectura de esta obra a lo largo de la historia. Naturalmente, el redescubrimiento del código ya en época moderna hizo posible que Lucrecio pudiera tener una recepción mucho más rica que la de su propio inspirador y maestro, Epicuro, cuyos testimonios se reducen básicamente a tres cartas de transmisión indirecta. Al igual que durante muchos siglos ha podido ocurrir con otras parejas de autores, como Menandro y Terencio, Epicuro y Lucrecio quedan ligados en esta suerte de recepción conjunta donde el texto latino colma en cierta medida la nostalgia de lo griego. Con el poema de Lucrecio estamos en condiciones de apreciar una exposición amplia de las doctrinas epicúreas en sus diferentes vertientes, tanto la física como la ética. Traver Vera considera oportunamente en uno de los apartados de su trabajo esta importancia específica de Lucrecio a la hora de poder conocer mejor el pensamiento de Epicuro. En cualquier caso, como expuso también Greenblatt, debemos entender que la obra de Lucrecio “contribuyó a crear el mundo moderno”. Así podemos apreciarlo en lectores del poeta tan dispares como Michel de Montaigne, cuyo ejemplar del *De Rerum Natura* se conserva con anotaciones manuscritas, o un doctorando alemán que entre los años 1839 y 1841 escribe un elogioso comentario acerca de los textos de Lucrecio y el epicureísmo. Se trata de Carlos Marx, quien nos ha dejado siete interesantes cuadernos relativos a esta etapa:

Así como la naturaleza en primavera se acuesta desnuda y, por así decir, segura de su victoria, pone a la vista todos sus encantos, mientras que en invierno cubre sus vergüenzas y su desnudez con nieve y hielo, de igual modo se diferencia Lucrecio, el fresco, audaz, poético señor del mundo, de Plutarco, quien envuelve su mezquino Yo en la nieve y el hielo de la moral. (Karl Marx, *Escritos sobre Epicuro (1839-1841)*. Traducción, presentación y notas de Miguel Candel, Barcelona, Crítica, 1988, p. 156)

Como bien nos muestra el trabajo de Traver Vera, Lucrecio ha sido también un autor admirado en España y muestra de ello es su aparición donde menos lo podemos esperar. Nos gustaría apuntar aquí un pequeño testimonio poco conocido de esta recepción de Lucrecio a comienzos del siglo XIX, pues no deja de ser curioso y significativo. Se trata de la lápida inscrita sobre la tumba del pintor Francisco de Goya traída a Madrid junto a su cadáver desde Burdeos. Quienes visitan la ermita de San Antonio de la Florida admiran naturalmente los frescos del techo y no reparan en la lápida. Es muy interesante descubrir cómo dentro de la inscripción latina grabada en ella figura un verso inspirado por el poeta latino Lucrecio (lo señalamos en cursiva tanto en el texto latino como en su traducción):

HIC JACET / Franciscus a GOYA et Lucientes / Hispaniensis peritissimus Pictor / mag-
naque sui nominis / celebritate notus. / *Decurso*, probe, *lumine vitae*, / obiit XVI Kalen-
das Maii / ANNO DOMINI / MDCCCXXVIII / aetatis suae / LXXXV. / R.I.P.

[Aquí yace / Francisco de Goya y Lucientes, / pintor hispano de magnífica destreza, /
reconocido por la gran celebridad / de su nombre. / *Una vez recorrida* con honradez *la*
luz de su vida, / murió el dieciséis de abril / del año de nuestro Señor 1828 / a la edad de
85 años. / Descanse en paz.]

El profesor Antonio Ruiz de Elvira estudió este documento en un interesante artículo (*Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 8, 1995, pp. 295-298) con el título “*Decurso probe lumine vitae*”. Como podemos observar, uno de los versos del epitafio se inspira en otro de Lucrecio dedicado singularmente a Epicuro (*ipse Epicurus obit decurso lumine vitae* [LUCR. III 1042]). Este verso, traducido por Eduardo Valentí, suena como sigue en castellano: “El propio Epicuro feneció, al consumirse la antorcha de su vida”. La imagen de la luz es fundamental, como seguiremos viendo más adelante. Con respecto a Lucrecio, observamos que el verso que figura en el epitafio añade un adverbio de modo (*probe*), pues nos dice que el pintor aragonés ha pasado “honrosamente” por la vida. Asimismo, en una conferencia impartida en la Universidad Complutense, el propio Ruiz de Elvira refirió que el autor de la inscripción debió de haber sido un miembro de la Real Academia Latina Matritense, institución de origen dieciochesco que igualmente va a desempeñar un papel clave en una de las investigaciones de Traver Vera, como podremos apreciar más adelante. Gracias a las comprobaciones pertinentes, he podido averiguar que el autor de la inscripción fue un amigo de Goya llamado José Pío de Molina, a quien el pintor retrató en una de sus últimas obras y, en efecto, como bien apuntaba Ruiz de Elvira, quien redactó la inscripción había pertenecido a la susodicha institución. De manera concreta, José Pío de Molina ejerció de vicedirector y tesorero de la Real Academia Latina Matritense ya durante su reorganización en plena etapa fernandina. Me sigue resultando muy curioso que el modelo del que partiera el epitafio fuera un verso del poeta Lucrecio, quien luego va a inspirar también el lema liberal de las universidades españolas del siglo XIX señalado por Traver Vera: LIBERTAS PERFUNDET OMNIA LUCE, de forma que se incide en la misma idea de la luz que hemos encontrado en el epitafio (*lumine vitae*). Para los ajenos a la literatura latina, esto puede que no signifique nada, pero, de hecho, nos ilustra sobre cómo Lucrecio fue un poeta de referencia para ciertos pensadores liberales por su reprobación de la religión y su canto al amor.

Este pequeño detalle nos ayuda a apreciar que los siglos XVIII y XIX constituyen un momento clave de la recepción de Lucrecio en España, con una nómina de autores estudiados por Traver Vera que resulta verdaderamente abrumadora. De manera particular, Menéndez Pelayo consideró que el libertino Abate Machena era el autor de la traducción del *De Rerum Natura* encontrada en un manuscrito que el

mismo polígrafo santanderino había incorporado a su biblioteca cuando era aún muy joven. Traver Vera ha logrado desmentir con sólidos argumentos de archivo esta atribución. Se trata, sin duda, de una de las aportaciones más interesantes de entre las muchas investigaciones llevadas a cabo por el autor, pues ha descubierto la verdadera autoría de esta versión española del *De Rerum Natura*. Es indudable que esta traducción es uno de los documentos más valiosos para valorar la recepción hispana de Lucrecio, si no el que más, dada la prolija recepción que ha tenido hasta el mismo Agustín García Calvo, el último gran traductor de Lucrecio a la lengua española. Asimismo, es muy notable la conjunción de personas y hechos que han hecho posible la nueva atribución. Además de Traver Vera, en esta cuestión han concurrido otros dos investigadores: Manuel Molina Sánchez y Pablo Asencio. El primero de ellos descubrió un nuevo manuscrito de una traducción hispana del poema de Lucrecio en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid firmada por el presbítero Matías Sánchez (persona vinculada a la Real Academia Latina Matritense, institución a la que ya nos hemos referido anteriormente a propósito del autor del epitafio de Goya) y lo cotejó con el de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Las coincidencias entre ambos documentos lo llevaron a concluir que se trataba de la misma versión. Habida cuenta de la atribución de Menéndez Pelayo a Marchena, Molina Sánchez consideró que el manuscrito del Palacio Real era una copia del de Santander (Manuel Molina Sánchez, “¿Matías Sánchez traductor de Lucrecio?”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 38/2, 2018, pp. 345-352). Por otro lado, hace unos años Pablo Asencio llevaba a cabo una investigación relativa al manuscrito de Santander donde cuestionaba justamente la atribución a Marchena (por iniciativa mía, se incluyó un avanzado estado de su trabajo en una monografía dedicada a la historiografía de la literatura grecolatina en España: Pablo Asencio Sánchez, “Marchena: clasicismo e historicismo entre los siglos XVIII y XIX”, en Francisco García Jurado, Marta González y Ramiro González Delgado [coords.], *La historia de la literatura grecolatina en España: de la Ilustración al Liberalismo [1778-1850]*, Málaga, *Analecta Malacitana*, 2013, pp. 415-442). Gracias a los resultados de ambos investigadores, ante la coincidencia de las traducciones y la posibilidad muy fundada de cuestionar la autoría de Marchena, Traver Vera pudo dar un giro al estado de la cuestión. De esta forma, Traver Vera, una vez analizada en profundidad la documentación relativa a la Academia Latina Matritense relativa a Matías Sánchez, concluyó que, en realidad, el manuscrito de Santander era una copia del conservado en el Palacio Real, de manera que la autoría de la versión lucreciana debía restituirse al presbítero Matías Sánchez y descartarse definitivamente lo que no había dejado de ser una “corazonada” de Menéndez Pelayo al atribuir la versión a Marchena (su admirado heterodoxo). Los resultados de esta investigación se publicaron igualmente en *Cuadernos de Filología Clásica* (Ángel Jacinto Traver Vera, “La traducción de Lucrecio del presbítero Matías Sánchez [ms. II 646 de la Biblioteca del Palacio Real]”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 39/2, 2019, pp. 291-312). De esta forma, Traver Vera, con la impagable ayuda previa de los otros dos investigadores, ha logrado reescribir una página de la propia historia

de la literatura española. No olvidemos que Agustín García Calvo, daba por hecho la atribución la atribución a Marchena en el estudio previo a la traducción lucreciana.

Más allá de manuscritos y traducciones, también cabría analizar la recepción del autor latino como tal, no exenta de leyenda, especialmente en lo tocante a la cuestión del bebedizo que lo pudo hacer enloquecer, un asunto legendario que ha alimentado, asimismo, la creación literaria moderna. No olvida, en este sentido, Traver Vera que esta leyenda aparece en un poema clave de la literatura europea, “Lucretius”, compuesto por el laureado Alfred Tennyson, y que comienza de esta manera:

Lucilla, wedded to Lucretius, found
Her master cold; for when the morning flush
Of passion and the first embrace had died
Between them, tho' he loved her none the less [...]

Si bien no parece que este poema haya tenido una especial incidencia en la lengua española, no dejo de preguntarme si pudo haber un camino indirecto para ello. Me refiero al hecho de que Tennyson debió de influir en la “vida imaginaria” que acerca de Lucrecio escribió luego el escritor francés Marcel Schwob a finales del siglo XIX. En ella, el poeta, muy afectado igualmente por el bebedizo amoroso, fallece incluso sin haber podido componer un solo verso de su poema. Esta vida de Lucrecio tuvo luego una fortuna propia, una vez vertida al español por autores como Ricardo Baeza, en la América de la primera mitad del siglo XX. Las reminiscencias con el Homero de “El hacedor” de Borges así nos lo sugieren. La vida imaginaria que Schwob escribió acerca de Lucrecio supone, asimismo, uno de esos pasajes casi desconocidos de la recepción literaria que tanto nos gusta estudiar (María José Barrios Castro y Francisco García Jurado, “Clarín, Schwob, et l'esthétique du conte latin”, *Spicilege. Cahiers Marcel Schwob* 2, 2009, pp. 63-79).

El estudio que Traver Vera lleva a cabo en torno a la recepción lucreciana en la literatura española del siglo XIX es también muy exhaustivo tanto en lo que respecta a los autores considerados románticos como a los realistas. Por otro lado, agradezco a Traver Vera que haya considerado en más de una ocasión las referencias lucrecianas encontradas en los manuales de literatura latina publicados en la España del siglo XIX, como es el caso de las obras de José Canalejas o de Martín Villar y García. Los manuales de literatura ofrecen una útil visión de la recepción de un autor que se corresponde con la del mundo académico. Se trata de una recepción que tiene lugar incluso entre quienes no han llegado a leerlo directamente. Mi discípula Mónica de Almeida continuó de manera sistemática esta senda de la manualística hispana para determinar cómo había sido la recepción de Epicuro y Lucrecio en tales documentos didácticos (Mónica de Almeida, *Epicuro y Lucrecio en los manuales españoles de literatura griega y latina durante el siglo XIX. Tesis doctoral*, Madrid, Universidad Complutense, 2021).

No quisiera, asimismo, perder la oportunidad de hacer algunas apreciaciones acerca de la metodología empleada en el trabajo de Traver Vera. Al repasar esta breve

panorámica lucreciana nos hemos referido a diferentes culturas literarias, tales como la italiana del humanismo, la anglosajona, la francesa o la hispana en sentido amplio. Como venimos viendo, es el asunto específico de la recepción propiamente española de Lucrecio el que aborda el monumental trabajo de Traver Vera en su triple dimensión histórica, filosófica y literaria. Su investigación, como ya hemos apuntado antes, se concretó inicialmente en una tesis doctoral, *Lucrecio en España*, dentro de la más pura línea del positivismo aplicado a la tradición clásica ya desde el propio Marcelino Menéndez Pelayo, no en vano el iniciador de este tipo de estudios en España. Como podemos apreciar desde el mismo título, el trabajo se formula a la manera de lo que practicaron los primeros maestros tanto de la literatura comparada como de la tradición clásica: se trata del modelo definible como “A en B”. En este sentido, el *Horacio en España* de Menéndez Pelayo constituye el punto de partida esencial que durante varios decenios ha ejercido su predominio en los estudios de tradición clásica, de lo que es otro buen ejemplo el *Homero en España* de Julio Pallí Bonet. Acerca de este proceder, ya en su texto prefacial a la obra de Traver Vera, Gabriel Laguna elogia tales planteamientos, que considera que son los propios de especialistas de la talla de Gilbert Highet y María Rosa Lida. No puedo hacer reproche alguno a esta predilección absolutamente consciente por el positivismo historiográfico, sobre todo por lo que supone de hecho electivo a la hora de plantear una investigación. En cualquier caso, lo que no debemos olvidar es que una formulación del tipo “A en B” supone también (de igual manera a cuando se elige un camino de estudio diferente) una concepción determinada de los hechos literarios. Al plantear el estudio de un autor clásico en un país, una época, o un autor moderno, se presupone un predominio de los datos sobre las teorías (una idea que Laguna expresa, asimismo, en su prefacio en referencia al propio proceder de Traver Vera: “concede más atención a los datos que a las teorías”). Me gustaría señalar, a este respecto, que el positivismo como tal es también una “teoría” y constituye un “método”, por esencial o invisible que pueda parecernos. Durante la defensa de una tesis doctoral dirigida por mí, un miembro del tribunal se mostró sorprendido al ver que en dicha tesis figuraba un apartado dedicado a la “metodología de trabajo”. Afirmó, sin más, que “la metodología se iba haciendo”, es decir, que no era necesario referirse a ella de manera explícita. Probablemente, tras estas palabras se escondía (y esconde) un curioso mito que todavía es posible ver en muchos trabajos del área de las humanidades: la supuesta vanidad de referirse al método de trabajo que se ha seguido, en la idea de que los métodos son pasajeros frente a los datos. El historiador José Antonio Maravall nos dice en una de sus más interesantes monografías que, frente a lo que algunos podrían suponer, el objeto de estudio raramente constituye un hecho previo al método que lo configura, dado que, más bien, son los métodos los que dan forma a tales objetos de estudio (J.A. Maravall, *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 116-117). Si nos fijamos en el caso de la tradición clásica, el objeto de estudio podría parecer doble, dado que tenemos los textos antiguos, por un lado, y los modernos, por el otro. No obstante, el objeto propio de la tradición clásica lo constituye, precisamente, la

relación entre ambos aspectos, al margen de que consideremos tal relación como causal o de otro modo. Por tanto, es la propia disciplina la que genera su ámbito específico de estudio al conectar ambas entidades, pero esa relación ya implica un planteamiento metodológico, por invisible que nos parezca. Por ello, debe existir un soporte teórico que no convierta esta relación en meramente intuitiva, sino que la justifique y legitime. El positivismo desarrolló lo que conocemos como el modelo “A en B” (Horacio en España, p.e.), pero no es el único modelo posible. Las nuevas teorías intertextuales (“A y B”), basadas en las relaciones como configuradoras de significado, han logrado que demos un gran paso adelante en este tipo de trabajos (Claudio Guillén lo hacía notar a mediados de los años 80 del siglo XX). En cualquier caso, no quiero que puedan interpretarse tales observaciones metodológicas como dogmáticas, sino justamente al contrario. En mis clases sobre tradición clásica intento hacer lo posible para que haya una pluralidad de ideas y planteamientos, de manera que no convirtamos método alguno (otrota el positivismo, luego la intertextualidad y la recepción, hoy día los poscolonialismos) en planteamientos unívocos. En cualquier caso, considero, como José Antonio Maravall, que son los métodos, por invisibles que sean, los que configuran los objetos de estudio.

Finalmente, el capítulo que Traver Vera dedica a lo que denomina la “literatura contemporánea” está repleto de referencias y aportaciones verdaderamente originales, desde los modernistas como Manuel Reina y Rubén Darío hasta los más recientes como Jaime Siles, Javier Velaza, o Aurora Luque. En este sentido, y para terminar esta reseña-ensayo, me gustaría referirme a un raro eco lucreciano que encontramos en un autor hispano aún más raro, Aliocha Coll (1948-1990), si bien está referido por Traver Vera en una de las notas finales de su libro. A mi colega Juan Luis Conde debo el conocimiento de este casi desconocido autor, cuyas proezas verbales y literarias van más allá de lo que un lector común es capaz de asimilar. Me pareció especialmente interesante la puntual lectura que este autor hace del título de la obra del poeta Lucrecio, *DE RERUM NATURA*, o *DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS*, que por su carácter epicúreo ha pasado a constituir uno de los más poderosos imaginarios de la literatura latina también en la modernidad, tal como podemos apreciar en el trabajo que reseñamos. Aliocha Coll nos ha dejado una rara novela póstuma titulada *Atila*, historia metaliteraria con ecos, entre otros, de *La tentación de San Antonio*, de Gustave Flaubert. En las páginas de Aliocha Coll vemos cómo Atila y los hunos se encuentran a las puertas de Roma con una ambigua actitud de “invasores invadidos”. Atila permite, de forma paradójica, que los hijos de los hunos y, entre ellos, el suyo propio, llamado Quijote (nótese qué nombre tan metaliterario), sean tomados como rehenes por la ciudad asediada: de esta forma podrán adquirir la cultura clásica. Insertos ya en la lectura de la extraña novela observamos esta curiosa alusión al *De Rerum Natura* escrito por Lucrecio:

Luego vio a Quijote, debajo de la luna, que parecía andar sobre un rodillo, entre las adelfas, no entre los algarrobos, y notó por primera vez que el compás de sus piernas, ¡y

el de sus brazos también!, no era otro sino el ritmo del agua, y asimismo su cabeceo ligero, el ritmo vegetal por excelencia... ¿cómo era eso?, y como evocado sin cita se representó Lucrecio... “¿Por qué está escrito al revés De rerum natura, ... por qué empieza con el principio del final para continuar en seguida, y sin que nada pueda cambiar su sentido, con el final del principio..., como si la naturaleza de las cosas andase (*sic*) de espaldas en las cosas, repitiendo la muerte y no el nacimiento aunque lo crea y quiera, contrariando... la fortaleza de las cosas, desdoblándolas en el pretérito, disociándolas en la estela, rebajándolas en el espejismo dorado de la edad, dividiéndolas en la causa y en la extensiva nostalgia?... pobres cosas, cada vez más y más causadas..., pobre causa, cada cosa más y más vicaria... y menos y menos vicisitudinaria, ... pobre vez, cada causa pluralmente fantástica, y su cosa singularmente inmaterial.” (Aliocha Coll, *Atila*, Barcelona, Destino, 1991, p. 89)

Al margen del tono críptico del texto, llama, en primer lugar, la atención la manera de aludir a Lucrecio (“y como evocado sin cita se representó Lucrecio...”). La pregunta clave en torno a la cual gira el texto es: “¿Por qué está escrito al revés De rerum natura?”, a lo que tenemos que añadir el comentario que sigue: “como si la naturaleza de las cosas andase (*sic*) de espaldas en las cosas, repitiendo la muerte y no el nacimiento”. Podemos pensar que Coll alude a uno de los más complejos problemas que atañen a la estructura de la obra, el hecho de que el poema culmine hablando de la muerte. Pero cabe otra posibilidad más sencilla, como es que, dadas las características del texto, se esté refiriendo más bien al título de la obra, que podemos ver en el verso 25 del libro I: (*versibus*) *quos ego De rerum natura pangere conor*. No es extraño que un texto articulado en torno a la forma de las palabras aproveche el título latino para jugar con él. En efecto, de acuerdo con el orden de palabras del latín clásico, *natura* va de espaldas a *rerum*. De esta manera, si traducimos el término latino *res* por “cosa” y la palabra latina *natura* por “causa”, entramos en un juego etimológico entre ambos términos: “...pobres cosas, cada vez más y más causadas..., pobre causa, cada cosa más y más vicaria... y menos y menos vicisitudinaria..., pobre vez, cada causa pluralmente fantástica, y su cosa singularmente inmaterial”. Nos encontramos, en definitiva, ante el siguiente juego de palabras basado en la traducción *res* = “cosa”; *natura* = “causa” y en la relación etimológica de los términos castellanos “cosa” y “causa”:

DE RERUM NATURA: DE LAS COSAS CAUSADAS

o bien:

DE LA NATURALEZA-CAUSA DE LAS COSAS

Pues bien, si esta interpretación tiene algún fundamento, no dejaríamos de estar ante un ejemplo de literatura de creación verbal, tan cultivada especialmente por autores anglosajones como Joyce, o Pound, y también de habla hispana, como Julián Ríos o Julio Cortázar. Esta forma de creación literaria se sustenta precisamente en la

sustancia fónica de las palabras, creando asociaciones de ideas merced a los parecidos fonéticos y los cambios de letras. Tal concepción lúdica (o lúdica, pues el término viene del latín *ludicer-ludicra-ludicrum*, y así sigue estando recogido en el *Diccionario de la Real Academia*) del lenguaje tiene su principio general en las antiguas creencias mágicas en torno a él y, más concretamente, en la concepción atomística, según los mismos principios epicúreos que tan bien quedan expresados en la obra de Lucrecio (LUCR. I 897-914). En traducción de Eduardo Valentí:

“Pero”, dirás, “en los altos montes sucede a menudo que las copas vecinas de árboles corpulentos chocan unas con otras, forzadas por los impetuosos astros, hasta que se inflaman al abrirse la flor de la llama”. Sí, pero ello no significa que dentro de la madera haya fuego; lo que hay son muchos átomos ígneos que, al juntarse por efecto del frote, producen incendios en las selvas. Que si dentro de los árboles latieran llamas ya hechas, el fuego no podría estar oculto un solo instante, destruiría los bosques por doquier, abasaría los árboles. ¿Comprendes ahora, como poco antes te he dicho, cuánto importa, para unos mismos elementos, con qué otros combinen y en qué orden, qué movimientos provocan y reciben, y que unos mismos producen, con sólo ligeros cambios, troncos y llamas? Lo mismo ocurre con las palabras, que sólo se distinguen por un ligero trueque de letras, y con voces diferentes designamos lo “ígneo” y lo “lígneo”.

Así como la diferencia entre una sustancia y otra depende, según la física epicúrea, de una disposición diferente de los átomos, entre lo “lígneo” y lo “ígneo” la diferencia es también de la disposición de las letras. Pasado el tiempo, el propio Ferdinand de Saussure se vio seducido por tales juegos de palabras a la hora de emprender la incierta búsqueda de anagramas o palabras-clave entre los versos del *De Rerum Natura*. Si bien no podemos entrar ahora a explicar en qué consistía esta investigación que emprendió Saussure al margen de sus clases oficiales, cabe decir que se trataba de buscar nombres ocultos entre antiguos versos. Pongamos un ejemplo: ¿estaba el nombre griego de Venus, es decir, Afrodita, oculto entre ciertos versos del *De Rerum Natura* de Lucrecio? (LUCR. I 20-22), justamente los versos que cantan el poder creador del amor (las cursivas son mías):

EFFICIS UT CUPIDE GENERATIM SAECLA PROPAGENT.
QUAE QUONIAM RERUM NATURAM SOLA GUBERNAS,
NEC SINE *TE* QUICQUAM *DIAS* IN LUMINIS ORAS

Según Saussure, el nombre de “Ap[h]rodite” aparecería en este caso oculto y desordenado (“A-PRO-TE-DI”), en lo que supone todo un desafío a la idea, también saussureana, de la linealidad del signo lingüístico. Este tipo de investigaciones anagramáticas tienen, asimismo, su correlato en la propia poesía española. Antonio Machado, sin ir más lejos, desarrolló la escritura anagramática en su obra poética con nombres-clave como el de Guiomar.

Es ya tiempo de concluir esta reseña-ensayo que va haciéndose demasiado prolija. En mi dilatada vida académica, la obra de Traver Vera ha supuesto un verdadero

hito, pues se trata de una obra destinada a perdurar más allá de nuestras circunstancias. El autor de seguro no se hará famoso con esta obra ni firmará miles de ejemplares, pero todo esto da igual, pues ante lo pasajero de la fama Traver Vera ha conquistado la autoridad y la eternidad del reconocimiento. No puedo menos que subrayar la acribia y honradez académica de este investigador de raza.